

ISABEL

OBRA DE TEATRO DE ISABEL LA CATÓLICA

Prof. María Magdalena Ale Blas

Personajes:

Isabel

Fernando

Juan, hijo de Isabel y Fernando

Un soldado

Aixa, madre de Boabdil

Morayma, esposa de Boabdil

Ahmed, hijo de Boabdil

Beatriz, amiga de Isabel

Juana, hija de Isabel y Fernando

Ángel

Un indio

Isabel de Portugal, madre de Isabel

Enrique, rey de Castilla y hermanastro de Isabel

Dos doncellas

Un verdugo

Colón

ACTO 1

A las afueras de la ciudad de Granada. En el fondo a la derecha, se alcanza a ver el castillo de la Alhambra que sobresale de las murallas de Granada. A la izquierda, las murallas de la ciudad de Santa Fe.

Escena 1: Fernando y Juan

(Juan es un muchacho rubio y erguido, de unos 15 años. Pálido y delgado, demuestra una gran entereza espiritual aunque también la debilidad física propia de una persona que ha sufrido enfermedades desde pequeño. Fernando, por el contrario, es de cabellos oscuros y de contextura fuerte. Transmite toda la seguridad que un rey debe inspirar a sus vasallos. Cuando se abre el telón ambos están mirando a la ciudad de Granada. Fernando apoya su mano en uno de los hombros de su hijo.)

Juan_ ¿Cuánto tiempo crees que resistirán, padre?

Fernando_ No creo que mucho más.

Juan_ Son duros los moros.

Fernando_ Es su último solar en España, lo defenderán hasta la muerte.

Juan_ Pero tarde o temprano lo perderán. ¿Luchan también así los franceses, enemigos de Aragón?

Fernando_ Los franceses son bravos, pero luchaban mejor bajo el mando de Luis IX, cuando su guerra era religiosa. Ahora la guerra es política, y abundan los mercenarios.

Juan_ En cambio, la guerra contra el moro siempre ha sido una guerra religiosa.

Fernando_ Así es hijo, por eso los moros se resisten tanto a entregar la ciudad.

Juan_ ¿Y por qué mi madre siempre prefiere las guerras religiosas, antes que las políticas?

Fernando_ Porque la religión es más importante que la política.

Juan_ ¿Entonces, por qué tú prefieres siempre las guerras políticas?

Fernando_ *(riendo)* A veces los hombres olvidamos lo más importante.

Juan_ ¿Y las mujeres no?

Fernando_ Algunas sí. Tu madre jamás.

(Entra corriendo un soldado)

Escena 2: Juan, Fernando y el soldado

Soldado_ Señor, señor... Lo llaman con urgencia del campamento.

Juan_ La ciudad querrás decir, que mi madre no ha mandado construir una ciudad para que tú la llames campamento.

Fernando_ ¿Qué ha ocurrido?

Soldado_ Ha llegado un mensaje del emir de Granada.

Fernando_ ¿Lo ves, hijo? Boabdil empieza las negociaciones para entregar la ciudad.

Soldado_ Parece que así es. Los moros cederán después de todo.

Juan_ ¡Como era de esperar!

Fernando_ Quedaos en la guardia. Yo iré a ver qué es lo que Boabdil pide en su carta. ¡Pronto tendrán noticias! (*mutis*)

Escena 3: Juan y el soldado

Juan_ (*ha esperado que su padre desaparezca*) ¿Con que llamando simplemente campamento a la ciudad de Santa Fe?

Soldado_ Mil disculpas, señor, no quise ofenderos ni a vos ni a vuestra madre, la Reina.

Juan_ Sabes lo que significa esa ciudad para mi madre.

Soldado_ No dude de eso señor, que lo que significa para su madre, lo significa también para mí.

Juan_ (*cambiando de tono y poniéndose repentinamente curioso*) ¿Estuviste tú en el incendio?

Soldado_ Así es.

Juan_ ¿Y cómo fue?

Soldado_ Fue la hora del ángelus, cuando las candelas comienzan a encenderse. Nunca supimos en qué carpa fue que la lumbre dio por el suelo y en un abrir y cerrar de ojos todo el campamento ardía en llamas.

Juan_ ¡Quien lo hizo merece la muerte!

Soldado_ La confusión y el desconcierto nos rodeaban. En la desesperación nadie supo qué hacer y en pocas horas el campamento se redujo a cenizas.

Juan_ ¿Y mis padres dónde estaban?

Soldado_ Estaban en sus tiendas y como todos, huyeron de ellas para salvar sus vidas.

Juan_ ¡A Dios gracias las salvaron!

Soldado_ ¡Ya lo creo! Fue apenas terminado el incendio que apareció entonces la Reina montada a caballo; y entre los escombros y los humos del campamento clavó un estandarte con la cruz roja palpitando en el centro. Allí nos enteramos que esas cenizas se convertirían en esta ciudad. *(Señala a Santa Fe)*

Juan_ ¡Viva por mi madre!

Soldado_ ¡Viva por la Reina! Nosotros insistíamos en nombrar a la ciudad “Isabela”, en honor a nuestra Soberana.

Juan_ Pero ella se opuso, ordenando que se llame “Santa Fe.”

Soldado_ Para nosotros, simples soldados, decir Santa Fe o decir Isabel de Castilla es casi lo mismo.

(En eso que están conversando, aparece sigilosamente por la derecha Aixa, que durante la escena se hará pasar por Morayma. Es morena y viste túnica hasta los tobillos, lleva el cabello cubierto lo mismo que su nariz y su boca. El soldado y Juan la miran atónitos)

Escena 4: Juan, el soldado y Aixa

Juan_ ¿Quién eres?

Aixa_ Soy Morayma, esposa legítima de Boabdil, emir de Granada y deseo hablar con Isabel de Castilla

Soldado_ ¡Vaya pretensión la tuya!

Juan_ ¡No le hables así! Aunque infiel, tiene en sus venas sangre real. *(A Morayma)* Soy Juan, hijo de Isabel reina de Castilla y Fernando, rey de Aragón, heredero de ambos tronos y príncipe de Asturias. Conozco el arte de la guerra tan bien como puedo rezaros el padrenuestro y debo confesar mi asombro al ver a la esposa emir sin guardia en las puertas de la ciudad enemiga.

Aixa_ Conozco la nobleza de mis adversarios.

Juan_ Si venís a negociar, llegáis tarde, vuestro esposo acaba de mandarnos correspondencia, ignoro el contenido.

Aixa_ Mi deseo es hablar con Isabel de Castilla, ¿me lo concederéis, o no?

Juan_ ¿Y el motivo?

Aixa_ A Isabel se lo diré.

Juan_ ¡Yo soy su hijo, el heredero de Castilla y por lo que veo pronto lo seré también de estas tierras! ¿Me negarás la palabra?

Aixa_ Lo siento, príncipe, pero yo soy Morayma, esposa del emir de Granada en este momento y si mi deseo es hablar con la Reina de Castilla y no tengo por qué dar explicaciones de ello a nadie. La ciudad no ha sido aún entregada.

Juan_ ¡Cómo te atreves! (*va a desenvainar la espada pero la voz de Isabel, que acaba de aparecer, lo detiene*)

Escena 5: Juan, el soldado, Morayma e Isabel

Isabel_ Tiene razón, Juan guarda tu espada... (*Se acerca*) No debiste haberla desenvainado contra una mujer, menos aún contra ella.

Juan_ Perdón madre...

Isabel_ ¿Qué es lo que deseáis para presentaros así en la entrada de mi ciudad?

Aixa_ Deseo hablaros... (*por Juan y el soldado*) a solas.

Isabel_ Juan, puedes retirarte.

Juan_ Pero madre, ¿es una infiel!

Soldado_ Tiene razón, señora, no podemos dejaros sola con ella.

Isabel_ También ella está sola, no sería justo que yo me acompañe de hombres.

Juan_ Puede esconder un arma.

Isabel_ También puedo esconderla yo. Si ella no teme hablar conmigo a solas, ¿tengo yo algo que temer, o acaso me creéis inferior a ella?

Soldado_ ¡No, por Dios, Señora!

Isabel_ Entonces podéis retiraros.

Juan_ No estaremos lejos.

Isabel_ Id tranquilos.

(*Mutis de Juan y el soldado*)

Escena 6: Isabel y Aixa.

Aixa_ Agradezco vuestra confianza.

Isabel_ Sin preámbulos, ¿qué buscáis?

Aixa_ Sé que ha llegado correspondencia desde Granada, vengo a advertiros que nos os fieis de ella.

Isabel_ ¿Qué queréis decir?

Aixa_ Que la carta que has recibido puede no haber sido mandada por Boabdil y puede prometeros cosas que jamás se cumplirán. ¿La has leído?

Isabel_ No

Aixa_ Pues, al hacerlo dudad de lo que diga.

Isabel_ ¿Queréis hablar claro? ¿Quién mandaría una carta de negociaciones sino el mismo emir?

Aixa_ Sabéis que las divisiones abundan dentro de la ciudad. Hasta donde yo sé mi esposo no tiene intenciones de rendir Granada.

Isabel_ ¿Qué es lo que pretendéis con todo esto? ¿A qué viene la esposa del emir a decirle a su enemiga que dude de la carta que su esposo le manda? ¿Qué traéis entre las manos, mora?

Aixa_ No tenéis por qué confiar en mí. Yo he cumplido diciéndoos que la carta es un engaño.

Isabel_ ¿Un engaño? ¿Un engaño de quién?

Aixa_ De nuestros enemigos dentro de Granada. El engaño no es hacia ustedes, sino hacia Boabdil. Esperan que Fernando crea que entregaremos la ciudad y que al ver que esto no sucede acuse a Boabdil de no cumplir su palabra.

Isabel_ ¿Y por qué no ha venido él a aclarar el delicado asunto?

Aixa_ Porque él no conoce la existencia de dicha carta.

Isabel_ ¿Y tú sí?

Aixa_ Las mujeres escuchamos cosas que los hombres no perciben, recordamos lo que ellos olvidan, presentimos lo que ellos ignoran. Bien lo sabrás tú...

Isabel_ ¡Basta! ¡Me insultas al juzgarme escuchando detrás de las puertas!

Aixa_ Quizá debieras hacerlo... Yo solo te advierto que desconfíes un poco.

Isabel_ ¿Y qué prueba me dais para hacerlo?

Aixa_ Quedaos con el prisionero

Isabel_ ¿Qué?

Aixa_ Que podéis quedaos con Ahmed, Granada no se rendirá.

Isabel_ ¡Pero es vuestro hijo!

Aixa_ ¿Tienes que recordármelo? ¿Crees que no me rebulle la sangre dentro de las venas y que no se me retuercen las entrañas al pensar que morirá en manos de cristianos? Pero Boabdil y yo conocemos nuestro deber, y Ahmed también. Él morirá feliz sabiendo que dio su vida por Alá.

Isabel_ (*conmovida*) ¿Queréis verlo?

Aixa_ Ahorradme llantos. Podéis matarlo esta misma noche.

Isabel_ ¡Miserable! ¡Esta noche caerá Granada y te devolveré a tu hijo, lo quieras o no!

Aixa_ No digas que no te advertí la falsedad de la carta.

Isabel_ ¡Vete de mi tierra! La crueldad e inhumanidad de vosotros llega al extremo. Esperaba mucho de vuestra ambición, pero creedme, no tanto.

Aixa_ Ya me voy, si luego queréis hablar conmigo mandadme llamar.

Isabel_ ¡Vete he dicho! ¡Fuera!

(*Mutis de Aixa. Entra corriendo el soldado que ha escuchado los últimos gritos.*)

Escena 7: Isabel y el soldado

Soldado_ ¿Qué ha ocurrido, señora?

Isabel_ Llamad urgente a Fernando.

Soldado_ Aquí viene

(*Entra Fernando feliz trayendo la carta*)

Escena 8: Isabel, Fernando y el soldado

Fernando_ ¡Isabel! ¡Tengo una noticia para darte! (*Tomando de las manos a Isabel*) Reina mía... Granada será nuestra. Boabdil anuncia su rendición para el atardecer.

Isabel_ ¡No, Fernando! No sé qué dice esa carta, pero no podemos fiarnos de ella...

Fernando_ ¿Qué te ocurre?

Isabel_ Hace un instante Morayma, la esposa de Boabdil, se presentó aquí ante mí diciendo que esa carta no ha sido mandada por el emir, que Granada no se rendiría y que en prueba de ello podemos acabar con la vida de Ahmed ¿Puedes creerlo?

Fernando_ ¿La emiresa en persona lo dijo? ¿Su propia madre?

Isabel_ Así es.

Fernando_ ¡Qué insólito! ¿Qué hay de cierto de todo esto?

Isabel_ No lo sé... La vi tan extraña. Algo llevaba entre las manos esa mujer.

Fernando_ Solo podemos averiguarlo de una forma. Mandaremos un mensaje para ella, diciéndole que venga ella misma a acabar con la vida de su hijo frente a nosotros. Solo así creeremos que ciudad nunca se entregará y entonces abandonaremos el sitio.

Isabel_ ¡No podemos dejar que una madre mate a su hijo, ni podemos abandonar el sitio de la ciudad!

Fernando_ No te preocupes, le daremos a Morayma una espada sin filo. Pero si está dispuesta a matarlo, pierde cuidado que no nos será fácil adueñarnos de Granada. (*Cariñosamente*) Confía en mí Isabel. Quizá Morayma esté conspirando contra su esposo. Con los herejes nunca se sabe...

Isabel_ Esta bien...

Fernando_ (*al soldado*) Tú viste a esa mujer y has escuchado nuestro plan. Ve a buscarla, no puede haber ido muy lejos. (*Mutis del soldado por la derecha*)

Escena 9: Isabel y Fernando

Isabel_ Ve a buscar al niño...

Fernando_ No estés preocupada. Todo saldrá bien. La audacia de los moros será aguda, pero no podrán contra los que se cruzan el pecho con el signo del apóstol.

Isabel_ Así será.

(*Mutis de Fernando por la izquierda. Isabel ha quedado sola y contempla la ciudad de Granada*)

Escena 10: Isabel

Isabel_ Granada, ¿Por qué te escabulles de este modo de entre mis manos? ¿Por qué, indomable no me permites trazar en tu frente la cruz? ¿En qué lengua hablarte, Granada?

¿Recuerdas aún el español? ¿Reconocen tus oídos las duras consonantes del idioma cristiano, o las dulces sílabas herejes son ya tu único idioma? ¿Cómo me recibirás Granada, la predilecta de mis hijas? ¿Con qué ojos habrás de mirarme después de tantos años? ¿Cómo será nuestro reencuentro? ¿Me permitirás besar tu frente o me correrás el rostro? Has tenido hasta hoy una venda en los ojos y quizá te queme el sol al arrancarla. Quizás el dolor del primer desprendimiento haga que no quieras verme como tu madre, pero esa es la tarea de la madre: procurar el bien de su hijo por más que este no lo comprenda. Pero no está lejos el momento en que veas la luz. Pronto entraré en ti. Llevaré conmigo la cruz del Apóstol, que se trenzará con la medialuna apóstata para librarte de los grilletes de herética pravedad y bautizarte por vez segunda con la lengua de la Iglesia. Entonces tendrás que vestirme de fiesta para recibir a tu Reina porque te habrá llegado la salvación.

(Entra Fernando, seguido de Ahmed que es un niño moro de quince años. Va maniatado y agarrado por un verdugo que trae una espada.)

Escena 11: Isabel, Fernando, Ahmed y el verdugo

Fernando_ Arrodíllate.

Ahmed_ ¿Se acabó mi tiempo?

Isabel_ No temas. Solo probaremos a tu madre. Tú vivirás todavía muchos años.

Ahmed_ Mi madre no me mataría.

Isabel_ Tú cierra los ojos y cuando los abras, todo habrá pasado ya.

Fernando_ ¡Vamos, se valiente! ¡Arrodíllate! *(Ahmed se arrodilla, agacha la cabeza y así permanece toda la siguiente escena)*

(Entra el soldado seguido de Aixa. Al ver la escena Aixa se queda atónita)

Aixa_ ¿Qué significa esto?

Fernando_ ¿No dijiste que darías a tu hijo a cambio de Granada? Aquí tienes la espada y el prisionero. Quítale la vida y entonces Granada será vuestra.

Aixa_ ¿Estos son los preceptos cristianos? Os aseguro que os quedareis sin la ciudad y sin el prisionero.

Isabel_ ¿Serás capaz de matar a tu hijo por ambición?

Aixa_ Si ello me exigís.

Fernando_ ¡Sea! *(Le extiende la espada que el verdugo a traído. Aixa sin dudar pero temblando entera toma la espada y la levanta para degollar a Ahmed.)*

Aixa_ ¡En nombre de Alá!

(Entonces entra la verdadera Morayma y la detiene con un grito.)

Escena 12: Dichos y Morayma

Morayma_ ¿Qué es esto? *(Corre hasta Ahmed, empuja a Aixa y abraza a su hijo)*

Ahmed_ *(levantando la cabeza)* ¡Madre! ¡Sabía que no me matarías!

Morayma_ ¿Qué traición es esta? ¿Es que moros y cristianos se han conjurado contra nosotros? *(a Isabel)* Había oído hablar de vuestra magnanimidad, ¡qué desilusionada estoy! ¡Y tú, Aixa, pagarás con la muerte la traición a tu hijo!

Isabel_ ¡Silencio! ¿Quién sois y quién esta mujer que dice ser la esposa del emir granadino?

Morayma_ *(A Aixa)* ¡Impostora! Yo soy Morayma, legítima esposa de Boabdil. Y esta es Aixa, su madre.

Isabel_ *(a Aixa)* ¡Qué poco lejos llegó tu mentira, mora! ¿Pretender asesinar a tu propio nieto por la imposible ambición de mantener Granada en tus manos? Tu avaricia te ha enloquecido y te has convertido en una asesina.

Fernando_ Eres absolutamente despreciable, mujer poco digna de tal nombre. ¡Vete, con los tuyos y qué ellos te juzguen mejor que nosotros!

Morayma_ ¿Crees que nosotros te recibiremos, serpiente traidora? Eres el peor engendro que Alá nunca haya creado. Tu existencia es un insulto al mundo. La crueldad para contigo será desmedida.

Aixa_ No rogaré tu perdón, insignificante criatura. Con tus dulces palabras has envenenado los oídos de mi hijo y los has vuelto tan inservible e incapaz que juntos provocan asco en mi garganta. ¿Qué has hecho de mi hijo? El rey más débil que Granada nunca haya tenido. ¡Te maldigo a vos y a Boabdil! ¡Por tu culpa perderemos nuestras últimas tierras en Europa!

Isabel_ ¿Todavía os dais el lujo de insultarla? ¡Fuera de aquí! ¡Vuélvete a tu reino en donde las vidas de las personas son monedas con que compráis ciudades! ¡Fuera! *(El soldado y Fernando han desenvainado sus espadas.)*

Aixa_ *(Escupiendo el piso)* Alá sabrá recompensar mis esfuerzos. Pero que mi hijo no lllore entonces como mujer, lo que no habrá sabido defender como hombre. *(Mutis)*

Escena 13: Isabel, Fernando, el soldado, el verdugo, Morayma y Ahmed

Morayma_ ¿Y ustedes... estaban dispuestos a sacrificar a un niño? ¿Eso les dicta su ley?

Fernando_ La espada estaba desafilada. Tu hijo no iba a morir.

Isabel_ No es justo que hayas tenido que pasar por esto. En recompensa puedes llevarte ahora mismo a Ahmed. Granada caerá tarde o temprano.

Morayma_ (*Besando la mano de Isabel*) ¡Bendita seas, señora! ¡Te traeré yo misma las llaves de Granada!

Isabel_ Las llaves me las dará Boabdil antes de que caiga el día. Otra cosa espero de ti.

Morayma_ Pídeme lo que quieras.

Isabel_ No cuentes a nadie nuestro favor.

Morayma_ ¿Queréis que calle vuestra misericordia para conmigo?

Isabel_ Así es, nuestro Dios así lo prefiere.

Morayma_ Extraña religión la de los cristianos, pero si así lo queréis...

Fernando_ Entonces, ¿es cierto el contenido de la carta?

Morayma_ El sol no habrá alcanzado a teñir de rojo el cielo antes de que Granada sea vuestra.

Isabel_ ¡Volved con los tuyos!

Morayma_ ¡Gracias nuevamente, señora! ¡Gracias! (*mutis*)

Escena 14: Isabel, Fernando, el soldado y el verdugo.

Fernando_ Prepárate Señora, pues en escasos minutos Boabdil vendrá en persona.

Isabel_ ¡Sí, Granada será nuestra! ¡La cruz ha eclipsado la media luna!

(*Entra corriendo Juan*)

Escena 15: Dichos y Juan

Juan_ ¡Madre! ¡Madre! ¡Un gran desfile de hombres viene desde Santa Fe! ¿Qué es lo que sucede padre? Vienen todos los soldados con sus capitanes y el cardenal Mendoza encabeza a una hilera de monaguillos. ¡Traen incienso y cruces en alto!

(*Entra un paje trayendo las coronas de los reyes. Fernando toma la corona de Isabel y se la coloca en su cabeza. Hace otro tanto con la suya*)

Fernando_ La tarde está cayendo. ¡Poneos la corona, señora, pues has de entrar tierra que os pertenece! Esta noche dormiremos en la Alhambra. Has logrado tu gran objetivo. ¡La victoria es tuya!

(Se escucha el murmullo de la caravana que se acerca. Una voz sobresale y dice:)

Voz en off_ ¡Granada ha caído! ¡Vivan Isabel y Fernando! ¡Granada para Cristo!

Fernando_ (tomando de la mano a Isabel) ¡Isabel! ¡Ya viene Boabdil con las llaves! ¿Te das cuenta que la victoria es nuestra?

Isabel_ Sí Fernando, ¡ya viene! Pero la victoria no es nuestra...

Juan_ ¡La victoria es de la cruz! ¡Bendito sea el nombre del Señor!

Se ha comenzado a escuchar las estrofas del “Non nobis” que irá aumentando el volumen hasta el cierre del telón. La caravana de a poco entra en escena por la izquierda. Viene un cardenal con el incienso y varios monaguillos con cruces y estandartes. Mientras cantan aparece Boabdil con Morayma y su hijo y una pequeña caravana que asoma por la derecha. Aparece también Colón, con un mapamundi en la mano o un par de pergaminos, visiblemente y con imponencia Boabdil se adelanta, besa las llaves y las entrega a Fernando. Éste las besa y se las da a Isabel. Boabdil sale por la derecha y la caravana cristiana comienza a salir tras ellos mientras se escucha el “Non nobis” con máximo volumen al tiempo que cae el

Telón.

ACTO 2

Puede transcurrir en la alcoba de la Reina o en una sala del palacio. Necesariamente debe haber dos sillas en donde se hallarán sentadas al comenzar el acto Isabel y Beatriz, que están bordando.

Escena 1: Isabel y Beatriz

Beatriz_ ¿Estás cansada Isabel?

Isabel_ Hace años que ya no descanso en esta tierra.

Beatriz_ ¿Fue largo el viaje hasta Ávila? No debieras haber ido. Sabes que te han prohibido andar a caballo.

Isabel_ Necesitaba visitar una vez más el cuerpo de mi hijo Juan. Pero no te preocupes, quizá ya no vuelva a ir nunca más.

Beatriz_ ¿Qué dices, Isabel? ¡Te mejorarás! Además no necesitabas ir a Ávila, sabes que tu hijo te cuida desde el cielo.

Isabel_ *(sonríe entre triste y nostálgica)*. Debiera también visitar el sepulcro de mi hija Isabel y de mi nieto Miguel...

Beatriz_ No pienses en cosas tristes, Isabel. Todavía te quedan hijos en esta tierra. *(por ella)* Y además, te queda tu amiga.

(Isabel suspira)

Beatriz_ ¿Es tu hija la que te tiene tan preocupada?

Isabel_ ¡Juana!

Beatriz_ ¡Ya sabía yo que había algo! ¿Qué ha sucedido esta vez?

Isabel_ Nada en particular, pero presiento una catástrofe. Su mirada osca y su lenguaje grosero demuestran que su alma está atormentada.

Beatriz_ ¿Y su esposo?

Isabel_ ¿Felipe? Nada es seguro con ese libertino. ¿Por qué será tan distinto a su hermana Margarita? No me equivoqué al casar a mi hijo con ella. ¡Pero este Felipe, qué desvergonzado es!

De pronto se escucha lo voz de Juana

Juana_ (*voz en off, con gritos desahogados y de desesperación*) ¡No! ¡Dejadme en paz!
¡Dejadme ir con mi esposo! ¡Felipe!

Isabel_ Pero, ¿Qué es lo que sucede?

Beatriz_ (*asomándose*) ¡Es Juana!

Isabel_ ¿Qué le ha sucedido?

Escena 2: Isabel, Beatriz, Juana y dos doncellas

(*Entra Juana sujeta de dos doncellas, toda despeinada por el forcejeo. Juana es alta y morocha. Viste preferentemente ropa oscura, aunque no negra. Durante toda la escena se mostrará osca y desquiciada.*)

Juana_ (*Forcejeando para liberarse*) ¡Dejadme malditas, envidiosas! Seguro que amáis a mi marido y por eso no me dejáis ir con él. ¡Felipe! ¡Felipe!

Isabel_ (*imponente*) ¡Silencio!

(*Juana se calla y agacha la cabeza*)

Isabel_ (*Volviéndose de pronto amorosa y acomodando los cabellos de su hija que le vuelve la cara*) ¿Qué sucede hija mía? ¿Dónde está Felipe?

(*Juana sin mirarla, no contesta*)

Doncella 1_ Señora, Felipe... Felipe acaba de zarpar rumbo a Flandes.

Isabel_ (*furiosa*) ¿Cómo? No es posible. ¿Y ha dejado a su esposa que acaba de alumbrar su cuarto hijo?

Doncella_ Sí Señora.

(*Juana rompe nuevamente a llorar y a forcejear.*) ¡Dejadme! (*Logra liberarse de las doncellas que intentan sujetarla*)

Isabel_ ¡Dejadla! Ya se pueden retirar.

(*Mutis de las doncellas*)

Isabel_ Beatriz, me concederías un momento a solas con mi hija.

Beatriz_ (*Haciendo una inclinación de cabeza*) Te esperaré en mi alcoba. (*Mutis*)

Escena 3: Juana e Isabel

(*Juana continúa sollozando de espaldas a su madre. Se ha tirado al suelo*)

Isabel_ Ponte de pie Juana, las princesas sólo doblan la rodilla ante Dios y si tienen que llorar lo hacen de pie, como la Virgen al pie de la Cruz.

Juana_ ¡Qué fácil para ti es decirlo!

Isabel_ (*Arrimándose y ayudándola a sentarse en una silla*) Vamos hija. Explícame lo que ha ocurrido. ¿Por qué se ha marchado Felipe?

Juana_ (*Aceptando finalmente la confianza de Isabel*) ¡No lo nombres! ¡El muy maldito! ¡Me ha abandonado, madre, ha vuelto a Francia sin mí! Ha vuelto sin mí para estar con sus mujerzuelas, y yo que soy su esposa... ¿qué queda para mí? La humillación y la soledad. Ellas han sido mis únicas compañeras desde que me casé con Felipe. (*Solloza*)

Isabel_ (*secando sus lágrimas y acariciando su cabello*) Cuéntame hija. ¿No ves aquí a tu madre?

Juana_ No, veo a la reina más grande que España nunca haya tenido. Veo a una reina poderosa y segura, que con su esposo al lado, supieron unir las coronas de Castilla y Aragón; lucharon contra una niña que tenía las espaldas reforzadas por los nobles más poderosos de Castilla y por los reyes portugueses y la hicieron pasar a la historia como “La Beltraneja”, sin padre ni trono. Veo a la Reina Católica que purificó a los religiosos y sacerdotes relajados de su reino, predicando con su ejemplo de virtud. Veo a la santa inquisidora. A la heroína de la epopeya de Granada. Al temor de los moros. Veo la jueza más justa y misericordiosa. Veo a la beata más piadosa. Veo la reina victoriosa. Veo a la doncella a quien su caballero le ha ofrecido las victorias del Rosellón y el abatimiento del poder francés en Italia y en el Pirineo. Veo a la hacedora de la hegemonía española que triunfa en Europa, y surge del mar de Occidente disfrazada de islas incógnitas. Veo todo eso... pero no me pidas que vea a mi madre

Isabel_ ¡Juana! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué triunfo sería para mí todo lo que has mencionado si he fallado en mi tarea contigo! ¿Qué te ha faltado, Juana, para que así me repudies?

Juana_ Fuiste feliz y no te juzgo por ello. No me pidas a mí tu santidad ni entereza porque nuestras vidas han sido completamente distintas. A ti todo te ha salido bien. Yo... yo no llevo ni un solo acierto en mi vida.

Isabel_ Juana, Juana querida. ¡No hables así! ¡No sabes de qué manera apenas mi alma al rechazarme de este modo! Cuéntame. Cuéntame de tus desgracias. Cuéntame de tu vida junto a Felipe.

(*Al escuchar el nombre de Felipe, Juana vuelve a romper en llanto*)

Isabel_ Vamos hija, habla con tu madre que te escucha.

Juana_ ¡Oh, soy tan infeliz! Sabes de los infortunios de mi viaje hasta Flandes. El mar nos jugó una mala pasada y quiso predestinar mi vida.

Cuando, repuestos de los naufragios llegamos a las costas donde mi esposo debía haber estado esperándome, ¿puedes creer? ¡nadie estaba allí! Por primera vez experimenté una humillación y una soledad tan intensas que se abarcaron mi alma en aquel día y siguen allí quemando mis entrañas. Mi vida desde entonces fue ese tormento. Felipe demoró dos semanas en verme, estaba de cacería. Pero cuando lo vi, madre, me enamoré de tal forma que perdoné en un instante todos sus ultrajes.

Pero las humillaciones y la soledad siguieron. Me ignoraba completamente. Nada podía yo decir ni pensar. Era para él solo un objeto y un apellido prestigioso. Mi amor hacia él y su indiferencia para conmigo me volvían loca. Odiaba a todos los cortesanos. Olvidaba la atención de mis hijos, todo por la obsesión constante hacia él. Mi locura llegó al colmo, al momento de alumbrar a mi hijo Carlos.

Estaba yo en cama, pues el físico dijo que el niño vendría pronto. Un día, a media noche, Felipe se me acercó, vestido de fiesta y me invitó con su irresistible sonrisa a que lo acompañase, pues se nos ofrecía baile. No me pude negar y me vestí de gala. Estando en la fiesta, comencé a sentirme indisputada y fui conducida a las letrinas del palacio donde se celebraba los festejos. ¡Y, allí, entre la podredumbre y los desechos de un castillo que ni siquiera era mío alumbré a mi hijo! *(rompe a llorar en los brazos de su madre)*

Luego, movida por el mismo amor fui perdonando todas sus infidelidades. A él lo perdonaba, pero no a mis doncellas que desvergonzadas accedían gustosas a las propuestas de Felipe. Los celos me fueron consumiendo y se transformaron en mi tercer compañero. Por las noches me atormentan de tal forma que no puedo conciliar el sueño. Me corroen el alma. ¡Ah, madre, son estos celos los que me están enfermando de a poco! Toda mi vida he sentido celos. De niña, odiaba a mis hermanas, pues todas eran más bellas que yo. LA envidia me devoraba y a veces no podía ni siquiera mirarlas. Hasta pensaba mal, al verte tan victoriosa y triunfante. Por eso te he hablado así hace un momento. Perdóname. Pero ¡Felipe! ¡Es mi esposo!! ¡Mío! ¡Mío!

Isabel_ ¡Tranquila Juana!

Juana_ *(ya fuera de sí)* ¡Es mi esposo! ¡Felipe! ¡Felipe!... *(cae desvanecida en los brazos de Isabel)*

Isabel_ *(llamando)* ¡Beatriz!

(Entra Beatriz con las doncellas y se llevan a Juana. Isabel queda sola, sollozando en el medio de la escena. Frenando que ha aparecido en el último diálogo de Juana se acerca de a poco y la toma de los hombros)

Escena 4: Isabel y Fernando

Fernando_ Isabel, ¿qué locura atormenta a nuestra hija?

Isabel_ La tormenta es Felipe, ¿A ellos dejaremos nuestros reinos? ¿A un príncipe hermoso pero terriblemente egoísta, a una princesa desquiciada de celos y de amor y a un niño, criado en Flandes y nacido entre el desperdicio? ¿Qué será de España, Fernando?

Fernando_ Creedme, señora, no es otro mi desvelo.

Isabel_ Solo puedo pensar en el porvenir de mis hijas, las princesas y el de mi madre, España.

Fernando_ España es también vuestra hija, Granada es la predilecta.

Isabel_ ¡Granada! ¿Recuerdas nuestros días gloriosos, cuando nuestro hijo Juan cabalgaba a nuestro lado? Nunca sospeché que moriría dejando toda mi obra en suspenso, en el absoluto suspenso divino, que no por divino deja de ser inquietante. Muchas cosas lo ofrecí para Dios, pero ahora me pide la mayor prueba de todas: que al morir deje todo en sus manos, sin ninguna seguridad para mí.

Fernando_ ¡Calla! ¿Por qué hablas de muerte? Viviremos juntos varios años más. Reconquistaré para ti Cataluña y el reino de Navarra. El genovés te traerá miles de Islas más para expandir tu fe. Evangelizaremos al mundo, Isabel.

Isabel_ Quizá Dios complete lo que nosotros hemos comenzado, pero yo ya no viviré para ver eso. Sabes que me hallo muy débil, ya no puedo ni montar a caballo. Me pesan los años, las fatigas. Me pesa la corona, Fernando, me pesan los frutos de mi vientre.

Fernando_ No podría resistir esta vida sin mi Reina.

Isabel_ No te preocupes, pronto vendrás conmigo.

Fernando_ (*observando el cuello de Isabel*) ¿Es eso que llevas puesto el collar de rubíes que te obsequié antes de conocerte?

Isabel_ Así es. Esta mañana pude recuperarlo. ¿Recuerdas que lo tuve que empeñar para la campaña de Colón?

Fernando_ Sí, y recuerdo que no me hizo ninguna gracia. Siempre vi algo raro entre las manos del genovés. Sus palabras, su mesianismo, sus visiones y sueños. ¡Qué raros son los italianos!

Isabel_ Lo sé: tierras de salvajes hombres que nunca en su vida habían escuchado hablar de Nuestro Señor. (*De pronto se pone triste*)

Fernando_ ¿Qué te preocupa ahora? ¿No has tenido noticias de los viajeros?

Isabel_ Las he tenido, y ello me perturba. Muchos de los cristianos que envié en el último viaje han intentado esclavizar a los indios moradores de las Islas del Océano. ¿Cómo es que pueden después llamarse cristianos y católicos si tales cosas hacen?

Fernando_ No te preocupes por ellos, Isabel. Debes descansar ahora. *(le acaricia el rostro)*
Isabel, estás hirviendo.

Isabel_ No es nada. *(se dispone a salir)*

(Entra Beatriz corriendo)

Escena 5: Fernando, Isabel y Beatriz

Beatriz_ ¡Isabel! ¡Isabel!

Isabel_ ¿Qué sucede, Beatriz?

Beatriz_ Es Juana.

Fernando_ ¿Qué le ha pasado ahora a nuestra hija?

Beatriz_ Lamento mucho decíroslo señor, pero apenas las doncellas la desvistieron para meterla en la cama se les escapó de entre los brazos y así, sin ropa y medio desnuda fue corriendo y se robó un caballo. Los rumores dicen que en el puerto un barco la esperaba para conducirla a Flandes. Mientras corría gritaba: “¡Felipe es mío, es mi esposo!”

Isabel_ ¡Es esto cierto! ¡Fernando! ¡Ayúdame esposo mío!

(Fernando la sostiene. Isabel pierde las fuerzas y queda entre los brazos de su esposo)

Fernando_ ¡Isabel! Aquí estoy Isabel.

Isabel_ Fernando... ¡tengo tanto miedo!

Fernando_ No morirás, lo juro.

Isabel_ No tengo miedo de morir.

Fernando_ ¿A qué le teme la reina más valiente del mundo?

Isabel_ *(rezando)*

Tengo miedo, Señor

de tener miedo

y no saber luchar.

*Tengo miedo, Señor
de tener miedo
y poderte negar.
Yo te pido. Señor
que en tu grandeza
no te olvides de mi
y me des con tu amor
la fortaleza
para morir por Ti.*

(Telón)

ACTO 3

El teatro estará completamente solo. Solamente habrá un reclinatorio en el medio del escenario dando la espalda al público. Al fondo una escalera frente al reclinatorio. Puede haber una alfombra roja desde el reclinatorio hasta la escalera.

**Óptimo sería que en un rincón del escenario se represente el cuadro de Isabel la Católica dictando su testamento, pero con la reina muerta:*



Mientras se abre el telón se oirá la voz en off de la Reina:

Isabel_ Yo, Doña Isabel, por gracia de Dios reina, estoy preparada para morir. Estando enferma de mi cuerpo de la enfermedad que Dios me quiso dar, creyendo y confesando firmemente todo lo que la Santa Madre Iglesia Católica de Roma cree, confiesa y predica, recibo la muerte como un don singular y excelente de la mano del Señor. Y después de vivir y morir en esta santa fe católica proclamo mi carta de testamento y postrimera voluntad.

Quiero y mando que mi cuerpo sea sepultado en el monasterio de San Francisco, que está en la Alhambra de la ciudad de Granada, en una sepultura baja sin adorno. Y quiero y mando que ninguno vista luto por mí.

Ordeno y establezco e instituyo como mi universal heredera de todos mis reinos después de mis días, a la ilustrísima princesa Doña Juana, mi muy querida y amada hija primogénita. Ruego y mando a la dicha princesa, mi Hija y al dicho príncipe, su marido que como católicos príncipes tengan mucho cuidado de la honra de Dios y de su Santa fe, velando y procurando la guarda y el ensalzamiento de ella, y que siempre favorezcan mucho las cosas de la santa Inquisición contra la herética pravedad.

Cuando nos fueron concedidas por la santa fe católica las Islas y Tierra firme del Mar Océano descubiertas y por descubrir, nuestra principal intención fue convertir a nuestra santa fe católica. Por ello suplico y encargo que no consientan ni dejen que los indios, vecinos o moradores de las Indias reciban agravio alguno en sus personas o en sus bienes y que sean bien y justamente tratados.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Yo, la Reina.

(Mientras se escucha el testamento se ha abierto el telón y luego Isabel ha entrado y se ha arrodillado en el reclinatorio de Espaldas al público. Su rostro no debe verse en este acto. Está vestida con una túnica blanca y lleva la cabeza descubierta.

De la escalera del fondo aparece un ángel)

Escena 1: Isabel y el Ángel

Ángel_ Isabel de Trastámara, Reina primera, por gracia de Dios, de Castilla y León y princesa de Asturias, ha llegado la hora en que seas juzgada por tu proceder en el Valle de Lágrimas.

Tú que fuiste reina en la tierra, ¿serás digna de ser parte del Reino del Cielo? Tú que en tu coronación hiciste conducir delante de ti la espada de la justicia, ¿serás capaz de soportar la fuerza de la espada de la justicia divina? Tú, que instituiste el tribunal de la Inquisición, ¿qué veredicto obtendrás delante del tribunal de Dios? Tú, que expulsaste de tu reino a

judíos y musulmanes, ¿Serás recibida en el del Creador de todos los hombres? A ti que no tembló la mano para firmar la ejecución de miles de malhechores, ¿no te temblará el alma entera al recibir la definitiva sentencia divina?

Dios es justo y misericordioso. Si has procedido conforme a Su voluntad, nada tienes que temer. Pero si no, ¡ay de ti, más te valdría no haber nacido!

Soy el ángel de la justicia, ante mí comparecerán tus testigos, que darán fe de tus obras y de tus responsabilidades. ¡Que entre el primero!

(Entra Juan, acompañado de un indio que es su doncel.)

Escena 2: Isabel, el Ángel, Juan y el indio.

Juan_ Yo soy el príncipe Juan, único hijo varón y primogénito de Isabel de Trastámara, y vengo a dar fe de su labor como madre. He traído conmigo, a este indio, procedente de las Islas del Mar Océano y en representación de todas ellas, que son también hijas de mi madre.

En mis diecinueve años de vida no he obtenido por parte de Isabel más que atenciones y cariños. Fui educado como príncipe cristiano, observando mis deberes como futuro soberano y sin descuidar mi crecimiento espiritual y humano.

Ángel_ Si en tal perfección fuiste educado, ¿cómo es posible que todavía no hayas alcanzado la gloria?

Juan_ Mi madre solía llamarme “Mi Ángel”. Así debería llamarla yo ahora a ella, pues a pesar de mi cristiana educación, mi soberbia y mi engreimiento me han privado de la visión beatífica. He vivido todo este tiempo en purga de mis faltas y anhelando que una fuerza mayor me conduzca a la gloria para la cual fui creado. Veo ahora una mujer que posee toda la fuerza que reciben los que obran según la sabiduría divina. Mi madre posee esa fuerza que, juzgo, podrá acercarme al cielo. Y puesto que ella posee todo lo que yo carezco, no se violará la justicia.

¡Oh, Ángel justiciero, permite a mi madre que al subir a aquel convite inefable donde el Creador reina, me tome de la mano para que yo pueda subir con ella! Y así se cumplirá el proverbio: “Álzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada”

Indio_ Y que se cumpla también el salmo: “A cambio de tus padres tendrás hijos, que nombrarás príncipes por toda la tierra”.

Ángel_ Y este hijo de infieles ¿tiene derecho a presentarse en este juicio?

Juan_ ¿Y quién lo tiene?

Ángel_ ¿Quién es este indio?

Juan_ Es mi doncel y ha venido a dar su testimonio.

Indio_ Vengo desde más allá del Mar Océano, de aquellas islas que durante siglos estaban latentes, pero que aún no habían sido dadas a luz. Vengo de aquellas tierras de las que habló Isaías al decir: “*Id, mensajeros veloces, a la nación esbelta y de brillante piel, al pueblo temible desde siempre, nación vigorosa y dominadora, cuya tierra surcan ríos*”. Vengo en representación de la raza americana, raro quizás les suenen ahora estas palabras, pero luego las comprenderán. Vengo en nombre de los labradores que el Señor llamó al caer el día, en nombre de los últimos hombres que oyeron hablar de Dios...

Vengo como hijo y como vasallo. Vengo con América que acompaña a su Reina y a su Madre. Vengo con el continente recién bautizado, y suplico a Su Divina Majestad, a través del justísimo ángel, que dejéis entrar a un indio y con él a toda América al Banquete del Esposo. La doncella prudente se proveyó de aceite, pero éste era tan abundante que ha llenado también nuestras lámparas.

Ángel_ Tus hijos, te proclaman santa y piden entrar contigo a la Gloria ¿Pero, qué dicen de ti tus mayores?

(Entra Isabel de Portugal, la madre.)

Escena 3: Dichos y la madre

Madre_ ¡Qué privilegio es este, del cual el Ser Supremo, se ha dignado en darme, hija! ¡Hija! Es la mejor definición para Isabel. He venido a este tribunal a hablar como madre, pero no solo por mí, que solo soy tu madre carnal. Vengo también a hablar en nombre de esas dos madres tuyas que son cien veces más dignas que yo de tal nombre. Vengo a hablar en nombre de España y de Roma.

España me dio un mensaje: pocas veces la hija es a la vez madre, pero éste es el caso de Isabel. Nació como hija de España, pero después de portar y dignificar su corona, se convirtió en su madre. España te aguarda, hija, para subir contigo al Reino de los Cielos. Así también te he esperado yo, en este tormento esperanzado que es el purgatorio, pero ahora subiremos juntas madre e hija. Subirán así también juntas, España y América, todas de tu mano.

Tu Santa Madre Iglesia me ha dado también testimonio para este juicio: que Isabel ha sido una de sus hijas más obedientes y comprometidas. Que en ningún momento la hija ha sido indigna de la madre.

España y Roma no recuerdan haber tenido una hija más merecedora de ellas desde hace muchos años. Una hija digna, que a su vez dignifica a sus madres.

Esta es mi hija Isabel. Esta es Isabel de Castilla, la predilecta de España. Esta es la amada de Roma.

Ángel_ Isabel, para entrar en el Reino de los Cielos hay que hacerse como niños. Como una niña has respetado a tu madre, la Iglesia y a tu madre, la Patria. Más aún has honrado a tu madre carnal.

Has sido buena madre y buena hija. Arrastrarás contigo hacia el cielo a tu ascendencia y a tu descendencia. Pero no fuiste solo madre, hija y cristiana, sino que cargaste sobre tu cabeza la corona real. Esa corona de San Fernando que otrora portaras, ¿será para ti un signo de salvación o de perdición? Grande ha sido tu responsabilidad e igual de grande será tu condena o tu gloria.

¡Que entre el siguiente testigo!

(Entra inmediatamente un soldado que porta en su pecho la cruz de Santiago.)

Escena 4: Dichos y el soldado

Soldado_ Siete años llevo en el purgatorio ¡Setenta años más estaría para obtener el inconmensurable privilegio que hoy se me ha dado! ¡Haber estado esperando a la dama de todo soldado español para subir con ella a la Gloria Eterna! A veces me preguntaba, ¿por qué todavía aguardo entre las llamas si he dado mi vida en defensa de la santa Fe Católica? ¡Ahora lo comprendo todo! ¿Llega acaso el soldado victorioso sin el estandarte a la ciudad? Tenía la victoria, pero el estandarte aún estaba en la tierra. Ahora está aquí, frente a mí, esperando mi acusación. Una sola acusación tengo para mi Reina y Señora, y es la de haberme presentado ideales tan altos que llegase yo a despreciar la tierra y a apresurar mi muerte. Por ella pude alistarme en la cruzada cuando llegaba el ocaso. Por ella pude cruzar mi pecho con la cruz de Santiago y cruzar mi espada contra la medialuna hereje. Por ella ahora, podré ingresar a la Jerusalén Eterna, después de haber luchado contra los amigos de la Jerusalén terrenal.

Ángel_ Tu testimonio es suficiente. Levántate cruzado y besa la mano de tu señora, pues la sentencia que el Juez le ha de dar ya no está lejos.

Tus testigos han jurado que fuiste buena madre y mejor reina. Que como hija nunca faltaste a tus deberes y nunca sobrepasaste tus límites. Que como soberana, diste buen ejemplo de fe a tus vasallos y les allanaste el camino para que alcancen su gloria...

Enrique_ *(En voz en off)* ¡Esperad! ¡Esperad, que falta un testimonio! ¡El juicio no puede cerrarse aún, ni la sentencia dictarse!

Ángel_ ¿Quién se atreve a interrumpir de ese modo un juicio divino?

(Aparece en el escenario agitado Enrique IV. Lleva grilletes en las manos y en los pies. Su aspecto es desagradable. Está sucio, despeinado y andrajoso)

Escena 5: Dichos y Enrique

Enrique_ Ruego me disculpéis. Pero este veredicto no podía darse sin mi testimonio. Soy Enrique IV, de Castilla, hermanastro de Isabel.

Madre_ ¡Enrique! ¿Dónde estabas?

Soldado_ *(Burlón)* Veo que has perdido tu corona.

Ángel_ ¿Has burlado acaso la puerta del infierno custodiada por diez mil demonios?

Soldado_ Eso es porque tú eres el peor de todos ellos.

Enrique_ No, no me he escapado del infierno. Nunca atravesé las puertas de la desesperación.

Madre_ ¿En dónde estabas entonces?

Soldado_ ¿Es que ni siquiera los demonios del infierno quisieron recibirte? Vaya, tú siempre has tenido suerte. Los demonios te usaban pero no te integraban, ni los de la tierra ni los del cielo.

Juan_ ¿Es ese el modo de dirigirte a un rey, por muy condenado que esté?

Soldado_ Miserable rey.

Juan_ Pero rey al fin.

Soldado_ Ya ves, aquí de nada le vale haber sido rey.

Enrique_ Te equivocas soldado. De no haber sido rey mi pena habría sido mucho menor.

Madre_ ¿Quieres decirnos de una buena vez dónde estuviste?

Ángel_ ¡Silencio! Este es el juicio de Isabel y no el de Enrique, él ya lo ha tenido. Ahora, Enrique ¿quieres explicarte?

Enrique_ Lo haré, con vuestro permiso justísimo Ángel. Ya tuve mi juicio y en él no tuve testigos tan benévolo como los de Isabel. Yo, en vez de arrastrar conmigo a mis testigos al cielo, tuve que escuchar a los testigos que desde el infierno reclamaban mi compañía y me acusaban de su condena. Todo parecía que se resolvería sin mayores inconvenientes. Mis compañeros de andanzas me esperaban entre las llamas. El ángel que me juzgaba se apresuró a colocarme los grillos y las esposas. Estaba a punto de escuchar mi sentencia definitiva, cuando alguien vino con la noticia de que había una misa a mi favor. El ángel de

la justicia revisó el libro de mi vida y después de una interminable espera, dio con ella. Fue la primera noche que Isabel y Alfonso llegaron a mi Corte. Pasaron ellos toda la noche en vela orando por la salvación de mi alma.

Soldado_ ¡Y uno que muere por defender la fe al final corre la misma suerte que este sinvergüenza, que pasó su vida pactando con los herejes!

Ángel_ ¡Silencio! Dejadle continuar.

Enrique_ Y así sucedió que con los grilletes ya puestos y con la sentencia a medio dictar tuvieron que colocarme en el purgatorio, dejando a todos los demonios que me aclamaban en el infierno con tres palmos de narices.

Isabel, es mi salvadora.

Soldado_ Maldito canalla, ¡aprovecharte así de las bondades de mi Señora! Tú, que fuiste uno de los tormentos más grandes de su vida, ¿pretendes ahora entrar con ella al cielo?

Enrique_ No, yo no pretendo tanto. Pero quería dar el testimonio de un enemigo. Es fácil ser juzgada con testigos amigos. Pero, ¿qué dirá el enemigo? ¿la verá tan santa como todos vosotros? ¿qué no dirá una madre de su hija, sino alabanzas? ¿qué dirá el único hijo varón de su madre, sino lisonjas? ¿qué palabras tendrán los vasallos para sus reyes sino las más dulces y bondadosas? ¿Por qué no llamaron al juicio a Juana de Avis, que se retuerce las entrañas con las llamas abrazadoras?

Soldado_ Los condenados siempre mienten. La mentira fue siempre el estilo de vida de vuestra esposa ¿por qué no habría de mentir cuando ya no tiene nada que perder, por haberlo perdido todo?

Enrique_ Yo solo digo, que deberíais escuchar también a sus enemigos.

Soldado_ ¿Qué pretendéis? ¿Revocar la sentencia que estuvo a punto de ser dictada? ¡Ojalá Fernando en la tierra rece para que permanezcáis en el purgatorio hasta el fin del mundo y bendita sea la comunión de los santos!

Enrique_ Tranquilo soldado, mi testimonio no opacará la gloria de mi hermanastra.

Ángel_ Por tercera vez: ¡Silencio! Aceptaremos el testimonio del enemigo.

Enrique_ Enemigo indigno de tan gran adversario. No tuve en la tierra un enemigo más noble. Si Isabel fue demostró tener un insigne corazón con su madre, sus hijos y sus vasallos, más aún lo demostró tener con sus adversarios. Su magnanimidad fue incomparable. La prueba está en que siendo yo un rey infiel y habiendo su hermano levantado las armas contra mí, no quiso ella revelarse contra la autoridad real. Si hasta ahora su nombre era loable, que con mi testimonio su nombre sea elevado a los altares.

¡Que musulmanes y judíos reconozcan su grandeza! ¡Que se gloríe la Iglesia por su hija!
¡Que el mundo entero escuche a uno de sus mayores enemigos: su vida fue siempre santa!

Soldado_ ¡Qué resuenen campanas en toda España pues su Reina entrará a las bodas de Cordero!

Juan_ ¡Que los ángeles se vistan de fiesta para recibir a mi madre! ¡Que la Iglesia se vista con sus mejores galas para festejar a su hija!

El Indio_ ¡Que América la aclame en culto español! ¡Que las Islas del Océano se rebosen de flores para festejar a su madre!

La madre_ ¡Que Castilla se ponga de rodillas ante una reina santa!

Ángel_ ¡Que todos sus testigos se preparen para entrar con ella en la gloria! ¡Tú también Enrique, que hoy Dios derrocha su misericordia!

(El ángel toma a Isabel de las manos y la conduce por la alfombra hasta la escalera que comienzan a subir. Detrás van todos los testigos. Mientras sube la voz del Ángel en voz en off dicta la sentencia [tiene que estar grabada])

Ángel_ Isabel de Trastámara, Reina primera de Castilla y León, venid y heredad el reino preparado para vos desde la fundación del mundo. Que vuestra gloria sea eterna y que algún día los hombres te reconozcan en la tierra lo que el Señor ya te ha reconocido en el Cielo.

Telón final.